

ROMANCES DE LA EPOPEYA ⁽¹⁾

EL PRÍNCIPE QUE MURIÓ EN LA GUERRA

El Príncipe de Borbón
Y de Orleáns, gentil mozo,
El de la sonrisa leve;
El de los cabellos blondos;
Con la mirada de niño
En los encendidos ojos,
Y la palabra suave
Entre los labios mimosos;
Aquel apuesto doncel,
De pulido como un oro;
Ginete como ninguno
Montara en ágiles potros;
Ni quien cruzara marismas
En el derribo de toros;
Aquella dulce criatura,
Entre los doctores, docto,
Y por sencillo y prudente
Muy digno de todo encomio,
Fué a la guerra con que España
Viera su destino roto,
Así diciendo al lanzarse
A empeño tan peligroso:

(1) Romances del libro inédito *Romances de la Epopeya*, leídos por su autor ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

—Por mi Patria acrisolada
Que quieren llenar de oprobio,
Hordas que Satán conduce
Por los caminos del odio;
Por esta Patria querida,
Madre de tantos heroicos
Guerreros, que son del mundo
La admiración y el asombro;
Por la España rediviva,
Crisol de todo decoro;
De las gestas inmortales,
Y los designios gloriosos,
Diera mi sangre y mi vida,
Mis más queridos tesoros.
Acéptalos, Madre mía,
Más alta que mis antojos,
Que para verte humillada
¿Para qué quiero mis ojos?—
Así dijo el bello Príncipe,
El de los cabellos blondos;
El de la sonrisa leve,
El pulido como un oro.
Y alistándose en las filas
Del Ejército glorioso,
Fuése tras el enemigo
Con un entusiasmo heroico.
Quisiéranle proteger
Los hados, y el bravo mozo,
Con el denuedo que ostenta
Morder hiciérale el polvo.
Mas ¡oh, perverso designio!
¡Oh, sino mal venturoso!
Que él fué quien cayerá al golpe
De traidor y mortal plomo,
Sin una queja en los labios;
Sin veladura en los ojos,
Y abiertos, mirando al cielo,
Sin odios y sin enconos;

En súplica por España,
Al Dios misericordioso,
Como una rosa caída,
Tronchada al ramo frondoso.
¡Qué dolor del rubio Príncipe,
De la juventud tesoro!

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

I

Mala la hubisteis en esa
Del Alcázar de Toledo,
Hordas del mundo, inflamadas
Con el fuego del Averno,
Y de España lo más bárbaro,
Lo más vil y más perverso.
De nada os sirvió la furia
Del más vandálico empeño,
Por escalar las alturas
De aquel Alcázar soberbio,
Pues en sus torres altivas,
Que desafián al cielo,
Y que a tocarlas se acercan
Harto medrosos los vientos,
Hombres de pechos bizarros
Y corazones de acero,
Unieronse en su defensa,
Y en su defensa vencieron.
Mala la hubisteis en esa
Del Alcázar de Toledo.

II

La canalla enardecida,
Ebrio de odio el corazón,
Se lanza contra el reducto
Con un coraje feroz.
Dirige hacia él sus fuegos,
Y un empuje más atroz,
Cada día con más ímpetu,
Y con audacia mayor.
No eran menores las fuerzas
Del resonante Aquilón,
Cuando las más altas torres
Y murallas derribó;
No más pujante y ruinosa
La soberbia de Sansón
El día en que, enloquecido,
Y sin temores de Dios,
Por tierras echó la gloria
Del templo de Salomón;
Ni fueron tan altaneras,
Ni tan iracundas, no,
Aquellas hordas de Atila
Que a nuestro suelo asoló.
Mas fué vano tanto empeño,
Y en vano tanto tesón,
Pues eran los defensores
Hijos del Cid Campeador,
Y tenían por murallas
El pecho de Moscardó.

III

Un día, cuando era más
Ardiente la acometida
De los viles sitiadores,

Y más dura su ofensiva,
Repitióse aquel suceso
Que inmortalizó a Tarifa:
Era Moscardó ahora el héroe,
Y un su hijo mozo la víctima.
El mundo supo asombrado
La horripilante noticia,
Y la Historia escribió en oro
La leyenda que decía:
Siempre será España, España,
Y sus pueblos son Tarifa.

IV

Puso Dios su blanda mano
Sobre el Alcázar soberbio,
Y su mirada en los héroes
Que aún lo estaban defendiendo.
Y quiso Dios que llegaran
En auxilio de los nuestros,
Aguerridos e invencibles,
Soldados de nuestro Ejército,
Con tal ímpetu y coraje,
Y tal valor y denuedo,
Que no tardó la victoria
En coronar sus esfuerzos,
Con corona inmarcesible
De laurel, que el Orbe entero
Ha reputado por digna
De los hechos epopéyicos.
Loor, y palmas y vítores
A cuantos la merecieron,
Poniendo el nombre de España
Más alto que los luceros.

EL PASO DE LOS VENCEDORES

Por verlos pasar, mi madre,
Asoméme a la ventana.
Llegaban ebrios de júbilo,
Y con tan viva algazara,
Que se sintieron temblar
Los cimientos de la casa.
No parecían tan fieros
Como antes nos los pintaran;
Muy luego, se me antojaron
De lo mejor de la raza.
Muchachos de tez morena,
Con soles en las miradas,
Y pechos para encerrar
Corazones como ánforas.
Y risueños y gallardos,
Parecíanme que pasaban
Los soldados victoriosos
De un bello cuento de hadas.
Con ellos venían moros,
Con unas ropas tan amplias
Como el manteo del cura
Que asesinó la canalla.
No eran tan fieros los moros
Como antes nos los pintaran,
Antes bien, me parecieron
Gentes de la nuestra raza.
Con la misma tez morena,
Igual luz en las miradas,
El ancho pecho tan fuerte,
Y tan dulces las palabras.
Unos y otros muy contentos
Y muy alegres pasaban,
Cantando guerreros himnos,
Himnos gloriosos a España.

¡Victoria, triunfo, victoria!
Enardecidos gritaban,
Y enarbolando banderas
—Las nuestras, de rojo y gualda—,
Me pareció que en un campo
De trigo, el sol llameaba,
Y que unos hombres de acero,
Tan fuertes como atalayas,
Locos de triunfo y victoria,
Hacia la gloria marchaban.
¡Qué hermosura, madre mía!
Cómo se ensanchaba el alma
Al vernos libres de tantos
Martirios crueles y lágrimas,
De tanta amenaza inicua;
De intranquilidades tantas;
Blasfemias y vituperios;
Tribulaciones amargas,
Del infierno que era el pueblo
Cuando el demonio mandaba.
Mas hoy qué delicia, madre,
Gloria de Dios, esta clara
Fuente de buenaventura,
Y de bendiciones santas.
Si tú los hubieras visto
Pasar, madre de mi alma,
¡Victoria, triunfo! gritando
Y con loores a España...
Parecían los guerreros
De un bello cuento de hadas.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN